



# EscriVid <sup>20</sup>/<sub>20</sub>

Reflexiones y escrituras en  
torno a pandemia(s) y  
aislamiento(s).

EscriVid 2020. Reflexiones y escrituras en torno a pandemia(s) y asilamiento(s) / Paula Vega ... [et al.]; compilado por Guadalupe Reinoso; Alicia Vaggione.- 1a ed.- Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1614-6

1. Pandemias. 2. Aislamiento Social. 3. Ciencias Sociales. I. Vega, Paula. II. Reinoso, Guadalupe, comp. III. Vaggione, Alicia, comp. CDD 303.48

Publicado por el Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC | Córdoba - Argentina

1° Edición



Área de

**Publicaciones**

**Diseño de tapa y portadas interiores:** Manuel Coll

**Diagramación y diseño de interiores:** María Bella

**Corrección de contenidos:** Florencia Colombetti y Lucía Bima



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

# EscriVid 2020

Reflexiones y escrituras en  
torno a pandemia(s) y  
aislamiento(s)

Compiladoras:

Guadalupe Reinoso

Alicia Vaggione

Área de  
**Publicaciones**

**ffyh**  
Facultad de Filosofía  
y Humanidades | UNC



Universidad  
Nacional  
de Córdoba



# La soledad de los escritorios

*Afectaciones de lo posible en el contexto de pandemia*

*Sofía De Mauro, Paula Díaz Romero, Agustín Domínguez, Silvana Melisa Herranz, Fwala-lo Marin, Talma Salem y Pascual Scarpino\**

\*El orden de los autores es alfabético. Como parte de nuestra metodología de trabajo, que no reconoce superioridades autorales, la organización del texto responde a una escritura cadavérica. Pertenencia institucional según orden de aparición: IDH-CONICET (UNC), Doctora y Licenciada en Letras; IDH-CONICET (UNC), Doctora y Licenciada en Filosofía; CIFFyH-CONICET (UNC), doctorando en Artes, Licenciado en Composición Musical; CIFFyH-CONICET (UNC), doctoranda en Psicología, Licenciada en Psicología; CIFFyH-CONICET (UNC), doctoranda en Artes, Licenciada en Teatro; CIFFyH-SeCyT (UNC), doctoranda en Artes, Magíster en Prácticas Escénicas y Cultura Visual; IDH-CONICET (UNC), doctoranda en Estudios de Género, Licenciada en Trabajo Social.

✉ sofia.de.mauro@unc.edu.ar | pauladiazromero@gmail.com | agustindominguez@artes.unc.edu.ar | silvana.melisa.herranz@unc.edu.ar | fwala-lomarin@gmail.com | contato.talsalem@gmail.com | pascual.scarpino@unc.edu.ar

# Introducción

La pandemia produjo una pausa en el movimiento habitual de nuestras prácticas vitales en pleno inicio del año académico. Como becaries doctorales y posdoctorales de Humanidades, Ciencias Sociales y Artes, nuestro trabajo cotidiano de lectura y escritura se sostuvo sutilmente en el silencio; y el diálogo compartido con los compañeros de la sala de becaries se vio sacudido por la nueva situación de Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio. En algún sentido, la cuarentena provocada por la pandemia del COVID-19 nos permitió exponer ciertas situaciones que, aunque cotidianas, pasaban desapercibidas en la *vieja normalidad*. La importancia del encuentro presencial con los compañeros de trabajo, sin la mediación absoluta de las pantallas, se constituye como una de ellas. Un bien invaluable, podríamos decir, frente a nuestros ojos.

Frente a esa demanda de grupalidad que el aislamiento expuso, habilitamos un espacio. Conformamos, así, un grupo interdisciplinario de siete becaries doctorales y posdoctorales —del Centro de Investigaciones “María Saleme de Burnichón” de la FFyH y el Instituto de Humanidades de CONICET—,<sup>1</sup> con el objetivo de intentar emular algo que nos aproximara al encuentro que el lugar de trabajo, a pesar de las dificultades, hacía propicio.

Gestionamos, entonces, dos instancias diferentes y complementarias. Por un lado, el Taller de Incertezas, un espacio entre pares dirigido a becaries del CIFYH e IDH. Esta propuesta de preguntas giró en torno a nuestras incertezas por la pandemia, en la pandemia o desde la pandemia; sobre el trabajo de campo, la escritura, el ejercicio de publicación o los modos de investigar. Las preguntas que se hicieron presentes estuvieron vinculadas a nuestras prácticas en general. La pausa había dejado crecer las dudas, había puesto en cuestión las certezas.

Por otro lado, propusimos la creación de un ciclo denominado “Interpelaciones”, de convocatoria abierta, dirigido a estudiantes de posgrado que quisieran compartir sus avances de investigación en un clima de cuidado. La propuesta consiste en que los trabajos hagan énfasis en

---

<sup>1</sup> Agradecemos la sensibilidad de los directivos de los institutos, nuestros queridos Eduardo Mattio y Alicia Gutiérrez por la voluntad política de habilitar estos espacios.

las preguntas y en el estado abierto del proceso de investigación. Cada mesa del ciclo se compone de tres trabajos de diferentes disciplinas, cada uno de los cuales es presentado por dos personas: quien expone y quien interpela. Quien coordina invita a establecer diálogos entre las producciones y devuelve los aportes del público asistente a expositores e interpeladores.<sup>2</sup> El carácter interdisciplinario permite recoger las experiencias enriquecedoras de congresos y jornadas, para favorecer las lógicas de diálogo por sobre las de la competencia.

En el marco de esta deriva, es que pensamos, nos escuchamos y nos atrevemos a escribir de manera colectiva, motivados por las reflexiones que han ido dando cuerpo a este corto, pero potente, camino. En este artículo, nos proponemos abordar en clave autoetnográfica nuestro propio recorrido de soledades, intersticios y heridas, como así también las proximidades, las presencias, los sentidos múltiples y las insistencias. El grupo que se incorporó para llevar adelante la tarea, escribe aquí. Son voces distintas, con modos de sonar también diferentes. Si el escrito suena así, polifónico, es también parte del juego que nos atrevemos a jugar: nuestro cadáver profundamente vital y exquisito.

## El escritorio común desde la escritura cadavérica

*Llamamos “secalharidade” a un modo de relación que se basa en la sustitución del sujeto, del control y de la manipulación, por una ética del manoseo suficiente, que transfiere para el propio acto del encuentro (y para el acontecimiento que emerge desde ahí) la capacidad de proporcionar la medida justa, en cada momento, para nuestro posicionamiento recíproco. En este modo de relación, nos cabe la responsabilidad de gestionar (y no generar) nuestro plano común, disponiéndonos a una “atención no expectante”, desarmada del yo y atenta al otro.<sup>3</sup>*

(Fiadeiro y Eugenio, 2012, p. 62)

---

2 Al retransmitirse semanalmente por el canal de YouTube de la FFyH, habilita la participación amplia y abierta.

3 Chamamos “secalharidade” a um modo de relação que assenta na substituição do sujeito, do controle e da manipulação, por uma ética do manuseamento suficiente, que transfiere para o próprio ato do encontro (e para o acontecimento que daí emerge) a capacidade de fornecer a medida justa, a cada vez, para o nosso posicionamento recíproco. Neste modo de relação, cabe-nos a responsabilidade de gerir (e não de gerar) o nosso

La distancia, en un movimiento fluctuante, nos promete una idea, a veces lejana, de encuentro. Ese encuentro imaginado nos impulsó a crear y afianzar lazos entre nuestras soledades para intentar trabajar desde una idea de lo colectivo. Sin embargo, también nos hizo pensar que, en realidad, esta distancia pandémica, este encierro preventivo y obligatorio era, de alguna manera, una forma más —claro está, extrema y superlativa— de nuestras otras distancias, nuestras soledades, nuestros otros encerramientos. Así, ¿por qué o de qué manera este encerramiento potenciado nos interpela más que el encerramiento casual, deliberado? ¿Qué hay en esa *libertad* de estar solos frente a la computadora, con nuestros textos, nuestras escrituras pretendidamente individuales que se diferencian abrumadoramente de estas otras soledades *obligadas*? ¿Por qué nos afligen estas soledades y no las otras? O, en todo caso, ¿qué hay de estas soledades que nos hacen dar cuenta de las otras soledades que no compartimos?

La distancia entre nosotros se materializa ahora de diversas formas, pero, al mismo tiempo, nos encuentra en otras conversaciones, con otras preguntas que, si bien en el fondo son las mismas, ahora nos permitimos discutir. Es el movimiento en la *pausa*, esta quietud que se mueve y nos desarma para permitirnos otros tipos de encuentro (Lepecki, 2020).

¿Cómo escribir colectivamente? ¿Cómo podemos experimentar esa *escritura cadavérica* si no es aceptando o declarando en múltiples tonalidades —todas nuestras voces o algunas de ellas, porque nunca son todas, todas— algún tipo de muerte? La escritura cadavérica implica fallecer, en distintos sentidos. Una primera aproximación es, justamente, la proximidad de la muerte. El virus nos acerca esa posibilidad. Presentamos ahora una escritura hecha desde los cadáveres de lo que dejamos de ser para experimentar una nueva forma, una escritura cadavérica que nos encuentra en nuestras pequeñas muertes; una de las tantas formas que creamos para ensayar un renacer colectivo en y desde la pandemia.

Por momentos es un rompecabezas, una sumatoria de fichas con disparadores comunes. Romper, disparar, juntar, armar. Es una aven-

---

plano comum, disponibilizando-nos a uma “assistência não expectante”, desarmada do eu e atenta ao outro (Fiadeiro y Eugenio, 2012, p. 62).

tura, una manera que imaginamos de encontrarnos en nuestras escrituras solitarias. Una mezcla deliberada del cortar y pegar: leernos, escucharnos, repetir y mixturar nuestra lengua interior en una lengua grupal. La escritura cadavérica nos invita a una celebración, a un ritual que no habíamos vivenciado todavía.

Parte de nuestro trabajo es escribir. Durante muchas horas, de corrido si es posible. El ritmo de la escritura tiene mucho que ver con el ritmo de ejercitar el cuerpo: no cambiás el aire si no pasás un tiempo considerable y constante en la tarea. Cambiar el aire, sería, en las teclas y el pensamiento, un fluir concienzudo, sin exceso de juicios, sin parálisis, sin excusas de hambre o ir al baño, es un pensamiento que urge ser puesto en palabras. Un día ideal de trabajo en la sala de becaries era eso: que la hora del almuerzo o la merienda te sorprenda escribiendo. Y esa pausa de tiempo con otros se volvía tan vital como la comida misma, ordenando también los días: había días buenos y otros, todo lo contrario; pero los pares estaban ahí, condimentando las ensaladas, conversando, acompañando.

Como a muchas cosas importantes de nuestras efímeras vidas, la pandemia vino a afectarnos en lugares inesperados. Ahora, con el paso del tiempo, la añoranza de la cotidianeidad es mortificante. Si borramos la nostalgia, como si pudiéramos extraer las emociones de los pensamientos, se hace patente que no es solo el ritmo de la escritura lo que quedó afectado. La soledad de nuestros escritorios se establece como el lugar en común entre becaries. Desde allí, las preguntas que antes eran murmullo se vuelven aullido. ¿Cómo sigo? ¿Cómo sigo, si lo que estudio ahora ha quedado virtualmente prohibido? ¿Cómo sigo, dónde está el ritmo? ¿Con quién consulto, con quién hablo de este detalle? ¿Cómo se ha escurrido el tiempo tan rápido? El tiempo. El tiempo cambió su consistencia.

En los intersticios de encuentro con los pares, la noción de autoría y voz propia surge con fuerza, el lugar desde donde enunciamos nuestros textos también. La pregunta sobre la disciplina de pertenencia es recurrente, sin saber cómo trazar los puentes entre la heterogeneidad de los marcos teóricos, los enfoques y las metodologías. La voz propia parece estar bombardeada de presiones sobre la legitimidad y la validación de los lugares de enunciación, sin claridad respecto de los enunciatarios de las producciones. La sensación, aunque por momen-

tos contradictoria, es la de escribir para no ser leídas, la de escribir bajo un inmenso peso. La explicitación de las vulnerabilidades, de las faltas de certezas es un ejercicio inédito en la cotidianeidad anterior. Cada voz resuena en las demás, se hace eco. Aparecen intuiciones sobre soluciones, precarias, amables, posibles, practicables.

Volver sobre ese encuentro es preguntarnos por la distancia que manteníamos antes de la pandemia. Si hace tan poco comenzamos a re/conocernos en nuestras dudas y certezas (las propias y las ajenas), ¿cuál era realmente la proximidad entre nosotros? Esos intersticios que decidimos crear son parte de la pausa en movimiento. Son un acto consciente de avidez de diálogo y de compañía.

Allí, en los *inter*, garabateamos un ambiente mínimo, un espacio en común (Fiadeiro y Eugenio, 2012). Son garabatos liminares, bocetos colaborativos para volver a encontrarnos en el trabajo de investigación. Porque no estaba siendo lo mismo, porque la concentración no era la misma, porque nos seguían llegando memes/bromas/imágenes que aludían a estar en casa escribiendo la tesis y afuera el mundo prendiéndose fuego —o sufriendo una pandemia—. Es una insistencia que llama a la elaboración: pandemia, pandemia, pandemia, cuarentena, cuarentena, cuarentena; palabras que se repiten de manera traumática; búsqueda de sentido para un real que se impuso como hueco de la existencia de modo irreparable.

¿Será esa la palabra precisa? ¿Cómo la respaldo? ¿Será la forma *correcta* de enunciar un pensamiento propio legitimado sobre este tema? Son ecos de un concierto de voces de jóvenes investigadores en la búsqueda de la voz propia en un mar de tinta, héroes y demonios.

La pandemia, en nuestro trabajo a solas —soledad siempre relativa, siempre habitada de muchas voces—, nos hace ir y venir, inquietar, buscar. En el mejor de los casos. Porque, en el peor de los casos, solo es perplejidad y sinsentido: qué hago escribiendo sobre mi tema si, más allá de mi pequeño mundo —y más acá, y yo, pero bueno, lo puedo negar con mejor suerte que aquello que sucede más allá—, todo se vuelve pandemia, todo se vuelve enemigo invisible, todo se vuelve muerte y catástrofe (¿natural?). Pero, un día, cualquier día, un golpe de suerte o de lucidez nos hace volver pregunta la primera parte de la afirmación: ¿Qué hago escribiendo sobre mi tema? ¿Qué otras cosas

podría hacer? En definitiva, ¿cómo anudarse a lo vivo aún en la pandemia, la muerte, la catástrofe?

En aquel momento se vivía el clima de campaña para las primeras elecciones directas, después de casi dos décadas de dictadura militar. En la reactivación de la vida pública, lo que más entusiasmaba a Guattari no era sólo la dimensión macropolítica, previsible en este tipo de situaciones, sino, sobre todo la vitalidad micropolítica, la fuerza de lo que acontecía en la política del deseo, de la subjetividad y de la relación con el otro. (Rolnik, 2006, p. 15)

Las palabras de Rolnik permiten iluminar la vitalidad micropolítica como aquello no previsto en esta situación planetaria de pandemia. Forma política que se funda y nutre del deseo, la subjetividad y los encuentros/los acontecimientos en el entre. Emerge como política no para anestesiar y negar el horror, sino para saber —mejor dicho ensayar, garabatear habíamos escrito— otros futuros más vivibles: ni volver a lo anterior ni acostumbrarse a habitar el lamento como forma de existencia en ruinas permanente. Es la micropolítica con sueños de crecer, afectación de lo posible desde la agencia colectiva.

(...) lo que tenemos es la visión de una cámara lenta revelando gradualmente el proceso de producción de su pensamiento en acto: el movimiento que iba de los encuentros a las sensaciones y de éstas a los esbozos de elaboración y de ahí de vuelta a los encuentros y así sucesivamente. Un pensamiento vivo que participaba del trazado colectivo de cartografías de sentido para las urgencias de su tiempo. (Rolnik, 2006, p. 20)

Una escritura viva como cartografías de sentido, escritura sin certezas forjada en el fuego de un presente que insiste en la fuga, el consumo, el individualismo. En las incertezas encontramos espacios en común; en la insistencia de no poder escribir con las técnicas de siempre o sobre los temas conocidos. Seguimos sin entrar en ese archivo que hay que terminar, pero están *pasando cosas*. ¿Dónde tenemos que estar?

El encuentro es una herida. Una herida que, de manera tan delicada como brutal, alarga lo posible y lo pensable, señalizando otros mundos

y otros modos de vivir juntos, al mismo tiempo que sustrae pasado y futuro con su emergencia disruptiva.

El encuentro es solamente encuentro cuando su aparición accidental es percibida como oferta, aceptación y es retribuida. De esa implicación recíproca emerge un medio, un ambiente mínimo cuya duración se irá, de a poco, diseñando, marcando e inscribiendo como paisaje común. El encuentro, entonces, solo se efectúa —sólo termina de emerger y comienza a acontecer— si fuese reparado y consecutivamente contra-efectuado —esto es, presenciado, manoseado, cuidado (re)hecho en cada momento interminable. (Fiadeiro y Eugenio, 2012, pp. 65-66; la traducción es nuestra)<sup>4</sup>

¿Las inscripciones en el paisaje común serán, de ahora en más, los modos habituales de vivir juntos u otros nuevos? ¿Qué nuevas formas de encontrarnos habrá? ¿Qué nuevas formas de herirnos inauguraremos? La situación pandémica evidencia los modos de organización social, desnaturaliza el encuentro dando a ver las estructuras invisibles que coreografían nuestras relaciones en el cotidiano de trabajo, posibilitando abrir preguntas sobre ellas.

En este sentido, la sala de becaries es un espacio que, si bien está pensado para el trabajo individual con una coexistencia silenciosa, habilita que en las brechas cotidianas de esta coexistencia se generen intercambios *informales* entre las investigaciones. Al estar suspensa la posibilidad de habitar la sala, se pudo reconocer a estos intercambios como parte esencial del trabajo de investigación, demostrando la necesidad de inventar un otro espacio de encuentro en donde pudieran darse. Pero, ¿cómo? ¿Cuáles son las características esenciales de estos intercambios? ¿Cómo se puede mantener la espontaneidad de estas

---

4 O encontro é uma ferida. Uma ferida que, de uma maneira tão delicada quanto brutal, alarga o possível e o pensável, sinalizando outros mundos e outros modos para se viver juntos, ao mesmo tempo que subtrai passado e futuro com a sua emergência disruptiva. O encontro só é mesmo encontro quando a sua aparição accidental é percebida como oferta, aceite e retribuída. Dessa implicação recíproca emerge um meio, um ambiente mínimo cuja duração se irá, aos poucos, desenhando, marcando e inscrevendo como paisagem comum. O encontro, então, só se efectua –só termina de emergir e começa a acontecer– se for reparado e consecutivamente contra-efectuado –isto é, assistido, manuseado, cuidado, (re)feito a cada vez in-terminável (Fiadeiro y Eugenio, 2012, pp. 65-66).

conversaciones informales en un espacio programado? ¿Es posible que ocurran independientemente de los lazos de amistad? ¿Cómo se promueve un lugar de confianza entre personas desconocidas? ¿Cuáles temáticas se presentan urgentes para dialogar como colectividad en este contexto?

Inesperadamente, el conjunto de nuestras incertezas se hizo común; como también la revisión y la pregunta sobre los espacios de intercambio habituales en la comunidad académica. En los espacios institucionales reconocidos entre investigadores (jornadas, foros, simposios, etc.), las dinámicas están pensadas para la legitimación de los proyectos. Allí, las personas están invitadas a compartir los lugares seguros de su trabajo, mientras que en estos encuentros *informales* se comparten más bien preguntas e incertidumbres. La propuesta del Taller de Incertezas se diseñó a partir de estas cuestiones y sobre el deseo de un lugar que se construya colectiva y cuidadosamente en la propia práctica de estar juntas. El *deseo* emergía permanentemente como una necesidad asociada al trabajo. Por eso, la actividad fue una invitación a cohabitar una situación de contención para compartir incertezas de las investigaciones. De algún modo, esa manera de formalizar la operación de compartir lo incierto, las vulnerabilidades significó darle valor, incluso, al *pasillo*: reconocer su existencia, su amorosidad y, con ello, su potencia, entendiendo el valor de la trastienda, de los espacios invisibles de la vida pública.

Cierta praxis feminista nos ha enseñado a pensar situado o, al menos, a reconocer la existencia de una responsabilidad ética y política sobre el modo que tenemos de pensar/sentir/hacer. Tamaña cuestión para considerar en relación con este territorio que denominamos academia y nos atrevemos a habitar. Claro, bien sabemos que la pregunta tensa sobre los modos de conocer y producir conocimientos no es nueva. Muy por el contrario, se inscribe en un profundo debate que interroga desde distintas posiciones, que en muchos casos se intersectan: materialistas históricas, feministas, decoloniales, indígenas, anti-racistas, entre otras. Pero, en algún sentido, podemos reconocer a su vez que el inédito contexto de pandemia planetaria provocada por el COVID-19 nos invita a reactualizar esos debates, construyendo nuevos bordes desde los cuales analizar nuestros problemas sociales, que son al mismo tiempo epistémicos, culturales, económicos, políticos.

En este momento, nos detendremos en una reflexión devenida durante el encuentro, que podríamos referir como *una pregunta por el espacio intersticial*. ¿Qué puede un encuentro?

A falta de un diccionario indisciplinado, una búsqueda rápida por Google nos dice:

Intersticio

*nombre masculino*

Espacio pequeño entre dos cuerpos o entre dos partes de un mismo cuerpo.

“en el viejo muro crecían las plantas entre los intersticios que dejaban los ladrillos”. (Oxford Languages and Google, s.f.)

¿Y nosotros? En una reflexión a la sombra de la pandemia, podemos señalar una verdad que ya parece redundancia: el COVID-19 se erige como una interrupción que atraviesa los más variados ámbitos de la vida cotidiana. Frente a ello, se abren nuevos espacios simbólicos: de preguntas, de certezas, de temores, de hallazgos. De alguna manera, esto que aparenta haberse tornado ya evidente puede convertirse en tierra fértil para la reflexión si nos provocamos un extrañamiento, es decir, una interrupción que devenga espacio intersticial en, al menos, dos sentidos: con otros y con nosotros.

Arrojados al Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio, nos encontramos frente a la tarea de investigar desde la profundización del distanciamiento. Frente a esta distancia, si bien puede reproducirse una parte importante del dualismo cartesiano (profundamente vigente en nuestra academia) que señala: saber por aquí, cuerpo/deseo/placer por allá; otra parte importante de él se debilita significativamente. Estamos frente a un momento estratégico: aún en las condiciones de mayor privilegio, la ausencia de la materialidad del cuerpo de los otros configura un malestar.

Es allí, entonces, donde el primer sentido del intersticio cobra espesura: *espacio pequeño entre dos partes de un mismo cuerpo*. Probablemente sea una experiencia común, al menos durante una parte del confinamiento, el *habitus* de *hacer como si*: hacíamos/hacemos como si nada hubiera cambiado lo suficiente como para cambiar radicalmente nuestro *hacer*. El espacio de lo doméstico fue reconfigurado por el corrimiento de lo —otrora— extradoméstico. Superposición de tareas,

espacios, vínculos, afectos y un conjunto de sensibilidades que habilitan la pregunta: ¿cuánta distancia cabe dentro de un mismo cuerpo? La pandemia nos enfrentó —y, probablemente, lo sigue haciendo, aunque contemos ya con algunas herramientas para decodificarlo— a una serie de problemas inéditos, ajenos o, al menos, distantes. Leer y escribir, como decíamos anteriormente, es uno de los modos que tenemos de trabajar en el marco de nuestra tarea investigativa. Probablemente, es el modo privilegiado de desarrollarla. Tarea que, en un proceso de deshistorización significativa, parece inscribirse como naturalmente individual. Sin embargo, frente al encuentro con nosotres en la soledad de este trabajo, la ausencia del encuentro vivencial con otros puede permitirnos reconocer la necesidad del pensamiento común, de la gesta de lo común. Espacio pequeño entre dos partes de un mismo cuerpo, intersticio abierto, dispuesto para que sobre este trabajemos críticamente lo que hasta hace un tiempo parecían certezas: ¿cuánta separación cartesiana estábamos dispuestos a desconocer? Pensamos porque sentimos, y nuestra sensibilidad está estructurada en función de un contexto que hoy nos presenta el desafío de la incertidumbre —pequeña herejía que la modernidad no se atrevió a soñar—. Entonces, ¿con qué preguntas alimentaremos este espacio?

Vinculado a este primero, se presenta el segundo sentido del intersticio: *espacio pequeño entre dos cuerpos*. Si bien, como dijimos hasta aquí, el confinamiento nos demostró la importancia de la proximidad (en diversos sentidos), también podríamos sospechar de lo que imaginamos y reconstruimos al respecto de nuestra cotidianeidad prepandémica. ¿Qué tan cerca estábamos de los otros? En términos simbólicos, la posibilidad del encuentro que es en sí mismo una herida —la imagen se la debemos a Fiadeiro y Eugénio (2012)— nos enfrenta con un otro que de manera contingente puede desvanecernos, y ello, en el mejor y más promisorio de los sentidos butlerianos que podamos encontrar.

Sin embargo, contra los riesgos de una narrativa idílica de un pasado mejor, nos atrevemos a preguntar: ¿cuán pequeño era el espacio entre nosotres? Y si la respuesta fuera —como probablemente sea— múltiple: ¿cómo habilitarnos una reflexión común que nos permita señalar(nos) los desafíos frente a las distancias cada vez más prominentes entre nosotres? Y si por caso, frente a la perseverancia

del problema del *estar lejos-aún-estando cerca*: ¿cómo aprendemos a mirar las proximidades que aún allí gestamos? Pequeñas preguntas anfibias —un pie en nosotres, un pie con otros— que nos permiten repensar de manera situada nuestros presentes compartidos. Pequeñas preguntas-brote, que parecen nacer en un tiempo donde a la tierra vale más abonarla entre varies.

## Habitar los intersticios

En este momento, en que la tierra de lo incierto se convierte en el sendero que nos toca atravesar y rumiar, aceptarlo aunque queremos huir, una pregunta-brote resuena sin sentido: la pregunta por la felicidad. ¿Qué implica ser felices hoy? Otra pregunta-brote sin/con sentido, que nos toca más de cerca como becaries, podría formularse del siguiente modo: ¿Cómo asumir la tarea de investigación en un contexto en el que toda pregunta parece no tener respuesta, y las escasas respuestas parecen ser solo provisionarias? La tarea de la investigación, de la escritura de una tesis rigurosa, aceptada por la academia y por les pares, parece ser una tarea que se trunca por diversas situaciones: problemas con la metodología, libido dispersa, atención difusa, amor por lo mucho, escasez de concentración, falta de trabajo en equipo, dificultades para poner en palabra lo que estudiamos, lo que investigamos. Y, podemos agregar que el contexto pandémico acentúa estas incertezas. Aun así, este mismo contexto hostil se ha vuelto propicio para reflexionar sobre una práctica cotidiana, la del *investigadore en formación*, sea eso lo que queramos que sea. Esto se debe a que precisamente en la incerteza habita lo que salva, siguiendo al poeta. Lo que nos salva es la posibilidad de mirarnos en medio de lo incierto y aprender a hacer con y desde la incerteza un camino que nos permita estudiar, investigar con placer, con vitalidad, con honestidad y con amor hacia lo que hacemos.

En este sentido, *cómo ser felices en la tarea de investigar* parece una pregunta imposible. Pero esta imposibilidad remite a dos dimensiones de la felicidad: por un lado, sobre el peso mismo que conlleva, en términos de Sara Ahmed (2019), el imperativo de la felicidad; y por el otro, la dificultad que conlleva la experiencia placentera del trabajo de investigación en la academia. Con respecto al primer punto, Ahmed (2019) dice:

(...) la historia de la felicidad puede pensarse como una historia de relaciones. Cuando anhelamos la felicidad, anhelamos que se nos relacione con ella, lo que por transitividad supone que se nos relacione al conjunto de cosas relacionadas con ella. Y acaso la promesa de la felicidad es aquello que se recibe por establecer las relaciones correctas la que nos orienta a relacionarnos con determinadas cosas. (p. 22)

En nuestra práctica cotidiana, la idea de la felicidad parece acercarse al imperativo del éxito académico, excelencia conceptual, conocimiento absoluto del campo, reconocimiento. Y, en especial, la publicación como meca de calidad y grandeza académica es una exigencia que aplasta todo goce del trabajo intelectual. En este sentido, el imperativo de la alegría académica, si acaso es posible plantearlo en esos términos, se presenta como el horizonte de deseo: un deseo que se dirige hacia esa lejanía que, a pesar de la perseverancia, con cada paso, parece no acercarse ni un centímetro.

A pesar del panorama pesimista que denota el trabajo de la mayoría de quienes nos atrevemos a este mar de incertezas (des)conocido en nuestros días de doctorandes —y que nos acompañarán a lo largo de la tarea de investigar—, surgen pequeños espacios de alivio en los que las preguntas-brotes encuentran su abono perfecto. Son lugares sin tiempo y sin materialidad, casi ambientes propicios para la incerteza de la imaginación, la incerteza de la pregunta sin respuesta y la alegría del no tener que sentirnos alegres, exitosos. Lugares donde el reconocimiento se da en la mirada, en la caricia de un *estoy en la misma*.

¿Cómo pensar la vida buena en la academia? Seguramente, no exista una única respuesta, simplemente un señalamiento: esta deriva se vive mejor, se siente mejor, en comunidad de les que *seguimos en la misma*. En este mar de incertezas, surge el abrazo de la camaradería académica como forma posible de encontrar placer en las prácticas que, en muchos casos, están atravesadas por la soledad y la competencia.

En ese abrazo, decidimos escribir cadavéricamente desde la potencia de las voces diversas; escribimos a muchas voces ya que la memoria de nuestros espacios y nuestras luchas nos enseñó que la potencia parida del encuentro —la apuesta por lo colectivo— nunca nos ha dejado con las vidas vacías.

## Bibliografía consultada

- Ahmed, S. (2019). *La promesa de felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja Negra Editora.
- Fiadeiro, J. & Eugenio, F. (2012). Secalharidade como ética e como modo de vida: o projeto AND\_Lab e a investigação das práticas de encontro e de manuseamento coletivo do viver juntos. *Urdimento*, 2(19), 63-71.
- Lepecki, A. (2020). Movimiento en la pausa. En D. Taylor & M. Godoy-Anativia (eds.), [CONTACTOS]. HemiPress.
- Oxford Languages. (s.f.). Intersticio. En *Oxford Languages and Google*. Recuperado el 8 de agosto del 2020, de <https://www.google.com/search?q=Intersticio&oq=Intersticio&aqs=chrome..69i57j0l4joi395l5.2113j1j9&sourceid=chrome&ie=UTF-8>
- Rolnik, S. (2006). Prefacio. En S. Rolnik & F. Guattari, *Micropolítica. Cartografías del deseo*. (pp. 15-20). Traficantes de Sueños.